

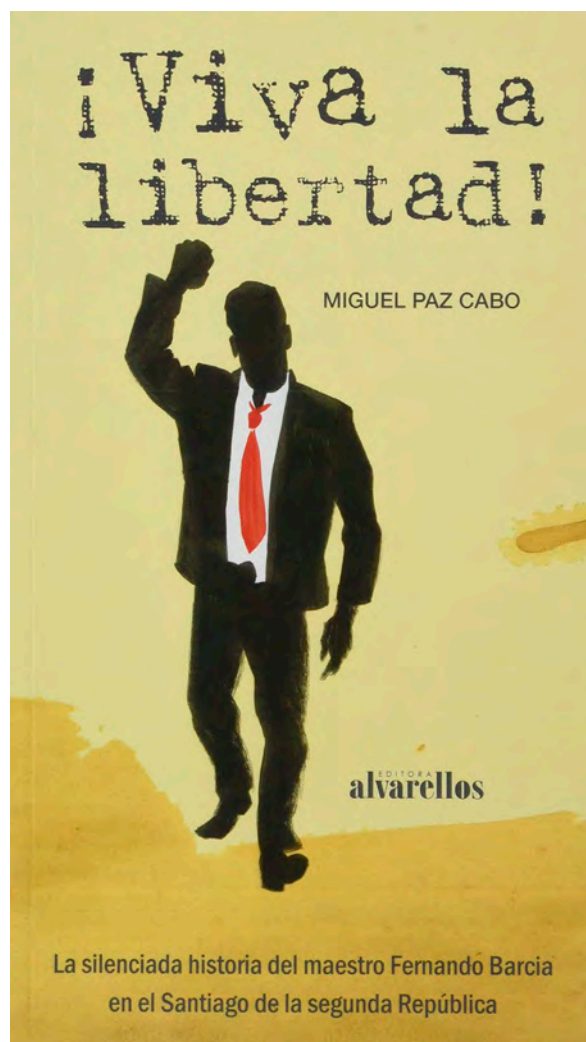
# *¡Viva la libertad! La silenciada historia del maestro Fernando Barcia en el Santiago de la Segunda República, de Miguel Paz Cabo\**

**Rubén Melide Romai**

*IES Maruxa Mallo (Ordes, A Coruña)*

El historiador Miguel Paz Cabo nos invita a un viaje por la Compostela de preguerra, cuyo protagonista e hilo conductor es el maestro socialista Fernando Barcia Veiras. En la obra, la biografía individual y el retrato coral de la capital gallega se entrelazan hasta constituir una unidad prácticamente indisoluble. Como complemento al relato de la vida del docente, y en un acto de fidelidad al carácter de Barcia, el autor nos propone una ruta por la Compostela de la Segunda República, reforzando las potencialidades didácticas de la obra.

De orígenes relativamente acomodados y procedente de una familia monárquica, católica y conservadora, Barcia experimentará —empujado por su sensibilidad humanística— una temprana transición ideológica hacia el socialismo, lo cual lo apartará definitivamente de una previsible trayectoria eclesiástica (p. 19). La eclosión cultural experimentada en la Compostela republicana será el telón de fondo en el que discurrirán las luchas e iniciativas políticas y sociales del maestro. Puntos de referencia como la librería Niké, el Café Suizo



\* Reseña de: Miguel Paz Cabo: *¡Viva la libertad! La silenciada historia del maestro Fernando Barcia en el Santiago de la Segunda República*, Santiago de Compostela, Alvarellós Editora, 2020, 264 pp.

o el Gran Café-Bar Español se erigirán en núcleos de debate y conocimiento mutuo entre los actores políticos del Santiago del momento. Y si importantes son los lugares, no lo son menos los eventos, tales como la *Batalla de las Flores* (p. 50) que tuvo lugar en el marco de las fiestas del 25 de julio de 1932, cuya atracción principal fue la constituida por las carrozas diseñadas por Camilo Díaz Baliño.

Asimismo, entre los episodios significativos que tienen lugar en el Santiago de preguerra y que se reflejan en la obra que nos ocupa, cabe referir la visita de Federico García Lorca en mayo de 1932 (p. 72), que constituyó todo un evento de masas en la capital gallega, aglutinando a miles de personas en la Praza da Quintana. Sin embargo, como nos refiere el autor, para Barcia el hecho de escuchar a Lorca será solamente una suerte de *oasis* mediante el cual proveerse de energías para afrontar una etapa socialmente muy conflictiva, con una huelga general indefinida convocada por las Sociedades Obreras ferrolanas. En ese momento, la solidaridad compostelana con el proletariado de Ferrol se manifiesta en el acogimiento de los hijos de los huelguistas por familias santiaguesas. La represión no se hará esperar, siendo clausurados los diferentes locales obreros, mientras los socialistas denuncian los ataques a la legalidad republicana por parte de la derecha, preludio de lo que estaba por venir.

Al frente de la Agrupación Socialista de Santiago, Barcia será pionero en numerosas iniciativas, tales como la organización de una Semana Feminista que comienza el 26 de marzo de 1933. Las jornadas parecen responder a una directriz estratégica del PSOE, cuya visión en aquel momento pasaba por reforzar los ámbitos feminista y juvenil. Así, durante 1933, la ciudad de Santiago fue testigo de una intensa propaganda llamando a jóvenes y mujeres a la or-

ganización. El clero y la moral católica serán los blancos predilectos del socialismo compostelano.

Un punto de inflexión, tanto en la trayectoria de Barcia como en el devenir político de la Compostela republicana, serán las elecciones generales de noviembre de 1933 (p. 91), que darán lugar al conocido como «Bienio Negro». Se trata, como hace constar el propio autor, del primer proceso electoral llevado a cabo desde una ley electoral pensada por y para la democracia, contemplando el sufragio universal mediante el reconocimiento del derecho de las mujeres al voto, e introduciendo medidas correctoras para evitar prácticas caciquiles. A pesar de todo ello, las elecciones de 1933 supondrán, como sabemos, una contundente derrota para las fuerzas republicanas y progresistas, que acuden a los comicios lastradas por divisiones y enfrentamientos, así como por la desmovilización de las clases populares, desencantadas con los acontecimientos del primer bienio.

En los primeros meses del gabinete de Lerroux, Compostela experimentará un período de reflexión, debate y reorganización. Así, Juan Jesús González organizará en el Salón Ideal un café democrático con representantes de todas las fuerzas republicanas de la ciudad. En el acto, presidido por sendas banderas gallega y republicana, serán dados vivos tanto a la República como a las libertades nacionales gallegas (p. 95). Otros actos de confraternización tendrán lugar en esta etapa, organizados por entidades como la Juventud Comunista. En el marco de este clima de entendimiento, en abril de 1934 se constituirá en Santiago la Casa de la República, sostenida por diversas organizaciones republicanas de la ciudad. El proyecto se consolidará paulatinamente con nuevas incorporaciones. En su inauguración, como recoge *A Nosa Terra*, se coloca la bandera gallega al son del himno

nacional, siendo posteriormente instalada la tricolor al compás del Himno de Riego (p. 97). En ese período, también se produce el desencuentro originado por la visita del presidente Alcalá Zamora a Santiago, a cuyos actos protocolarios no son invitados los comunistas, declinando los socialistas de Barcia la invitación. Tanto unos como otros acusan a Alcalá Zamora de permisividad con las derechas antirrepublicanas.

Durante los días de la Revolución de Octubre en Asturias, Barcia continuará al frente de la Agrupación Socialista de Santiago, mientras profundiza en su formación como docente. Originada en la entrada en el gobierno de ministros de la CEDA, la que el autor define como «revolución defensiva» tendrá su eco en Compostela y en Galicia. En Santiago, la huelga será decretada para el sábado 6 de octubre. A las 5 de la madrugada del domingo, una compañía de artillería saldrá del cuartel compostelano y dará lectura a un bando que marca el inicio de la Ley Marcial. No obstante, la huelga transcurrirá de manera pacífica, excepción hecha de algunas explosiones en las cercanías de la estación ferroviaria, la Iglesia del Pilar y el transformador eléctrico de Santa Clara (p. 100). La Universidad, por su parte, interrumpirá su actividad académica. En lo que a Barcia respecta, acudirá, en calidad de dirigente socialista local, a las reuniones que mantendrán los camareros de Conxo, así como a las organizadas por el sindicato de panaderos de la UGT. Las detenciones no se harán esperar en la capital del país. El 12 de octubre, el Comandante Militar de Santiago, José Brandarís, publicará una orden mediante la cual se da un plazo de 24 horas a trabajadoras y trabajadores para que acudan a sus puestos de trabajo, comenzando enseguida las detenciones de aquellos que se encaminaban hacia las fábricas con «hojas clandestinas». A día 13 de octubre se contabilizan en la cárcel de la ciudad 72

miembros de las sociedades obreras, que se elevarán en pocos días hasta la cifra de 107. La ola represiva desencadenada tras el mes de octubre obligará a muchas personas a esconderse y huir. Barcia será uno de los cuadros políticos detenidos en esos días, lo cual genera una situación complicada para su familia.

Nuestro protagonista tendrá, asimismo, un papel crucial en la conformación del Frente Popular a nivel local. La consabida victoria de la alianza de fuerzas democráticas y progresistas trajo la libertad a numerosos presos políticos. Cabo nos refiere el acto de bienvenida que tuvo lugar en febrero de 1936 para recibir a un preso político vecino de Osebe que se encontraba en el penal de Pamplona en virtud de una condena a 14 años de reclusión decretada por un consejo de guerra. No obstante, la victoria popular será respondida por monárquicos y fascistas con diversas provocaciones y agresiones, tales como palizas, apuñalamientos y disparos, que seguirán la estela de la bomba colocada en enero en las escaleras de la Universidad. Como resultado del terrorismo ultraderechista se producirán detenciones tales como las de los tristemente célebres Víctor Muñoz y Otilia Ulbricht, entre otros.

En enero de 1936, Barcia es nombrado presidente de la Asociación de Trabajadores de la Enseñanza en Santiago (p. 131). Desde ese momento, intensificará su labor en el ámbito educativo. El maestro dará continuidad a un intenso trabajo por la descentralización y la adaptación del sistema educativo a la realidad gallega. En 1936, al calor de la campaña a favor del Estatuto, se celebrará el Congreso Fundacional de la Federación Gallega de Trabajadores de la Enseñanza. Barcia presentará una moción, firmada conjuntamente con Apolinar Torres y Eligio Núñez, en la que se afirma que la cultura gallega «está mediatizada y

ahogada por la cultura imperialista de los pueblos de la meseta castellana», añadiéndose que «la deformación sufrida en el des-entramamiento natural de la cultura gallega debida a la absorción centralista ha causado grandes estragos en el campo de la educación y en el orden económico».

El proceso de aproximación entre los diferentes actores políticos antifascistas compostelanos también es objeto de atención en la obra que nos ocupa. La lucha por el Estatuto de Autonomía aproximará a la JSU y a las Mocedades Galeguistas (p. 159). Ambas organizaciones juveniles entenderán que el Estatuto no cumple al completo con sus expectativas, pero se comprometerán a apoyarlo entendiendo que constituye un avance sustancial respecto a la situación previa. Ambas entidades firman un manifiesto conjunto en el que se arremete contra el imperialismo fascista y se aboga por una Galicia «libre de opresiones ajenas y propias».

La articulación y desarrollo del golpe de julio tampoco escapa a la mirada del autor. En ese sentido, Paz Cabo coloca su énfasis en parte de las «familias bien» de Compostela, «que siguen manteniendo hoy su orgulloso apellido sin que nadie se haya atrevido a preguntarles nada». Instituciones como el Casino o la Caja de Ahorros Monte Piedad o antropónimos como Bescansa, Ceinos, Gil Casares, Harguindey o López Sendón son señalados por el autor como «apellidos compostelanos que suenan a golpe de Estado» (p. 166). El golpe rompe la plácida vida estival de la capital, así como la de un Barcia que acaba de ver cumplido su sueño de obtener plaza en una escuela cercana a su domicilio, con el objetivo de pasar más tiempo junto a su familia. El 16 de julio tomará posesión como maestro en Ameneiro (Calo), donde conocerá a sus alumnos, entre los que se cuenta José, hijo del teniente de alcalde de Teo, Constante Liste.

Barcia tendrá, como no podía ser de otro modo, un papel fundamental en la defensa de Compostela. Trata de organizar la resistencia, procura que no se produzcan excesos que solo beneficiarían a los golpistas y trata de imposibilitar el acceso a las armas a los fascistas. Según nos refiere el autor, durante los días del golpe la autoridad municipal debió de estar compartida por la Alcaldía, en manos de José Germán Fernández, y por Fernando Barcia como presidente del Comité de Defensa. Serán protegidos los centros neurálgicos de la ciudad y serán requisadas armas y explosivos. Cabe señalar que existen artífices y simpatizantes del golpe que tendrían mucho que agradecer a Barcia, como el militante fascista Aurelio Vidal, antiguo alumno puesto en libertad el día 19 a instancias de aquel, o los militares Manuel Saavedra y Luis Ledo, a quienes el maestro socialista había salvado de un probable linchamiento popular (p. 179).

No obstante, las acciones de Barcia no hallan reciprocidad entre sus enemigos. Barcia, quien se mantendrá oculto entre julio de 1936 y junio de 1937, será encontrado en su escondite de la Rúa de San Pedro 70 en la noche del 13 al 14 de ese mes. El dramático periplo final del maestro es narrado con gran sensibilidad por el autor. Cabe recordar la ayuda anónima recibida por su familia en tan complicados momentos, en los que el más mínimo vínculo con la *Antiespañola* podía acarrear los más serios problemas.

Fernando Barcia Veiras será condenado a muerte en un juicio celebrado el 24 de agosto de 1937, bajo la instrucción del juez Manuel Pedreira Mosquera y la presidencia del teniente coronel de infantería Manuel Rueda de Andrés. El maestro será asesinado en su ciudad natal el 29 de enero de 1938. Con esta obra, Paz Cabo rescata la memoria de Barcia quien, en virtud de su condición de demócrata y socialista, además de la muerte halló en su día la condena del olvido.